

VINCENZO PAGLIA

**LA PALABRA DE DIOS  
CADA DÍA**

**2021**

COMUNIDAD  
DE SANT'EGIDIO  
2020

En la portada: *Icono de la Resurrección de Cristo* (Descenso a los infiernos), siglos XVII-XVIII. Comunidad de Sant'Egidio, Roma. Fotografía: Marco Pavani

Traducción de la Comunidad de Sant'Egidio  
del original italiano *La Parola di Dio ogni giorno* 2021

- © 2020 Edizioni San Paolo, s.r.l.  
Piazza Soncino 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano) - Italia  
[www.edizionisanpaolo.it](http://www.edizionisanpaolo.it)
- © de la edición en castellano: Comunidad de Sant'Egidio

Ediciones Sígueme S.A.U., 2019  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tel.: (+34) 923 218 203 - [ediciones@sigueme.es](mailto:ediciones@sigueme.es)  
[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN de la edición impresa: 978-84-301-2073-4  
Depósito legal: S. 249-2020  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

PRESENTACIÓN. LA ORACIÓN NOS DA UN CORAZÓN Y LO ORIENTA HACIA EL SEÑOR .....	7
La gran intercesión en la plaza de San Pedro .....	7
1300 años de la muerte de san Egidio .....	8
El año litúrgico suma las dos fiestas de la Palabra y de los Pobres .....	10
El ritmo semanal de la oración de Sant'Egidio .....	12
TIEMPOS LITÚRGICOS	
Tiempo de Adviento .....	15
Tiempo de Navidad .....	39
Tiempo ordinario .....	59
Tiempo de Cuaresma .....	97
Semana Santa .....	135
Tiempo de Pascua .....	143
Tiempo ordinario .....	191
<i>Índice de pasajes bíblicos</i> .....	375

PRESENTACIÓN

## LA ORACIÓN NOS DA UN CORAZÓN Y LO ORIENTA HACIA EL SEÑOR

### LA GRAN INTERCESIÓN EN LA PLAZA DE SAN PEDRO

*La Palabra de Dios cada día 2021* vuelve cuando el mundo está marcado por la pandemia. Aún conservamos en nuestros ojos la escena de la oración del papa Francisco la tarde del 27 de marzo de 2020 que, de algún modo, sigue presidiendo las oraciones de intercesión de este tiempo. En el corazón de un mundo asustado, el papa, en una plaza de San Pedro vacía y azotada por la lluvia, se alzó, solo, ante Dios como un gran intercesor por la liberación del mundo de los frutos amargos de una historia de egoísmo y codicia: «Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos».

Y confesó ante Dios la culpa de la humanidad: «No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: ‘Despierta, Señor’». Nos confesamos ante Dios. También nosotros pedimos perdón: «Despierta, Señor». También son nuestras estas otras palabras tuyas: «No somos autosuficien-

tes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere».

Durante todo este tiempo muchos han sentido con más fuerza la compañía de la Palabra de Dios. Como ocurrió aquel día en Emaús, a lo largo de estos meses Jesús resucitado –representado en el icono de la portada– ha estado al lado de quien lo ha escuchado, le ha explicado el sentido de las Escrituras y ha calentado su corazón. La oración que se hace en Sant'Egidio –en la que se inspiran estas páginas– ha unido a muchas personas que se han conectado desde numerosos lugares del mundo a través de la web. Ha sido, y sigue siendo, una oración de intercesión que se eleva desde todos los rincones de la tierra. En un tiempo de forzado aislamiento y dispersión, la Palabra de Dios ha unido y consolado a los discípulos de Jesús, que saben que Jesús les aseguró: «Yo os concederé todo lo que pidáis en mi nombre» (Jn 14, 13). La oración concorde doblega el corazón de Dios y une a quienes la practican. *La Palabra de Dios cada día 2021* quiere ayudar a seguir escuchando al Señor y a levantar los brazos en la oración para que el Señor no deje de proteger el mundo del mal. La oración siempre es necesaria. En este tiempo podríamos decir que es indispensable, para todos. La intercesión de los creyentes es el servicio sacerdotal para el mundo, para toda la familia de los pueblos.

### 1300 AÑOS DE LA MUERTE DE SAN EGIDIO

*La Palabra de Dios cada día 2021* se inscribe en este horizonte de intercesión. En 2020 recordamos el 1300 aniversario de la muerte de san Egidio, que tuvo lugar, según una tradición, en el 720 en el monasterio que fundó en el sur de Francia. Allí fue enterrado y desde la Edad Media su tumba se convirtió en meta de peregrinación desde toda Europa. La tradición considera a san Egidio un protector de los peregrinos. Tanto es así que son numerosas las iglesias dedicadas a él en los antiguos caminos de

peregrinación, desde Francia hasta Alemania, desde Polonia hasta Italia. La iglesia de Sant'Egidio de Roma, en el Trastévere, está en el cruce entre la antigua Vía Aurelia, que unía la ciudad con Francia, y la via della Lungara, que iba desde el antiguo puerto hasta el lugar de la tumba de Pedro, en la colina vaticana.

No hay muchas fuentes que narren la vida del monje Egidio. Era un joven rico que salió de su tierra, la lejana Grecia, en busca de Dios. Los pocos testimonios que hay de él hablan de un hombre esquivo, que eludía la fama y los honores, pero que se convierte en un poderoso intercesor gracias a su oración. Sus compañeros de viaje son los pobres: mendigos, enfermos afectados por todo tipo de dolencias, naufragos, personas poseídas por demonios, campesinos... y la cierva, símbolo de una naturaleza amenazada por la voracidad del hombre y a la que él protegió con su mano. La cierva representa la criatura indefensa agredida por la caza del hombre (en aquel caso, el rey). Su fama se recoge en un libro, el *Liber Miraculorum*, que da fe de sus milagros y que afirma que su nombre, conocido en toda Europa, era invocado en los casos más desesperados, cuando ya se había perdido toda esperanza de un auxilio humano. ¡Santo de los casos desesperados! En la Edad Media se dirigían a él sobre todo los condenados a muerte, que le pedían la salvación de su vida. Aunque su fama fue menguando con el paso de los siglos, nos ha llegado su testimonio a través de las numerosas iglesias dedicadas a él que hay en muchos lugares de Europa. El monasterio de la Francia meridional en el que vivió y donde se conserva su cuerpo quedó en gran parte destruido durante las guerras de religión entre católicos y protestantes. Así, progresivamente, su recuerdo se redimensionó.

En este tiempo marcado por la pandemia global, en el que aumentan los pobres y los enfermos en el mundo, ante un futuro incierto, los 1300 años de la muerte del santo, cuyo nombre lleva la Comunidad, son una feliz y significativa ocasión. Los santos –también san Egidio– son un testimonio de que todo puede cambiar con la fe y luchando con las manos desnudas contra el mal, la miseria y la violencia. De hecho, según la tradición, a san Egidio una flecha le traspasó la mano por proteger a aquella cierva. En estos tiempos difíciles es mayor la exigencia de rezar. En el *Libro de los milagros* encontramos muchas oraciones de

los pobres al santo. Una reza así: «Egidio, siervo de Dios, tú que salvas siempre a los prisioneros, fuerza de los débiles, puerto de quienes surcan los mares, refugio protector de quienes soportan la tormenta, ven en nuestro auxilio».

#### EL AÑO LITÚRGICO SUMA LAS DOS FIESTAS DE LA PALABRA Y DE LOS POBRES

*La Palabra de Dios cada día 2021* va asociado, como cada año, a la celebración de la Misa diaria según el calendario litúrgico de la Iglesia latina. Así, los domingos y los días festivos comenta –siguiendo el ciclo trienal del año litúrgico– los pasajes bíblicos del ciclo B, con el Evangelio de Marcos que se leerá este año. Por su parte, en los días feriales se comenta el pasaje evangélico de la Misa. La constitución *Sacrosanctum Concilium*, que inauguró la reforma litúrgica, indica que con las celebraciones que acompañan el año litúrgico el Concilio quiso abrir a todos los fieles «la riqueza del poder santificador y de los méritos de su Señor (...) para que los alcancen y se llenen de la gracia de la salvación». El año litúrgico empieza con el tiempo de Adviento, tiempo para esperar al Salvador que viene a vivir entre los hombres el día de Navidad. Después viene el misterio de la manifestación de Jesús al mundo (la epifanía a los magos) y luego la de Cristo a Israel (el bautismo en el Jordán). El calendario sigue con algunas semanas llamadas «del tiempo ordinario». El papa Francisco ha enriquecido el año litúrgico con dos fiestas que se incluyen en la celebración dominical. La primera, la *Fiesta de la Palabra de Dios*, se celebra el primer domingo tras el Bautismo de Jesús, es decir, al inicio de su predicación en Galilea. La Comunidad de Sant'Egidio siente un cariño especial por esta fiesta y la celebra con gran solemnidad, con gestos como, por ejemplo, entregar la Biblia a los fieles.

Los días siguientes llevan al Miércoles de ceniza, inicio de la Cuaresma: cuarenta días en los que la Iglesia se prepara para celebrar la Pascua. La Iglesia nos invita a «volver» al Señor. Antes de acercarnos al misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor es indispensable que purifiquemos nuestros pensamientos escuchando la Palabra de Dios y para orientar nuevamente nuestro corazón hacia Dios y vivir con más generosidad el servicio

a los pobres. Con un corazón humilde y arrepentido podremos recoger los frutos de la gran y santa semana de Pasión que culmina en el Triduo santo. El calendario sigue con la celebración del tiempo de Pascua: cincuenta días que llevan hasta Pentecostés, que es el cumplimiento de la Pascua.

El día de Pentecostés empieza el tiempo de la Iglesia. Es la Iglesia «en salida» que pasa del cenáculo a las calles de Jerusalén. Toda generación cristiana está llamada a salir de su cenáculo para recorrer los caminos del mundo comunicando a todos el Evangelio del Señor. En este largo tiempo después de Pentecostés no hay recuerdos especiales del Señor que se deban celebrar. Los discípulos de entonces y de hoy, llenos del Espíritu Santo, son enviados a todos los pueblos de la tierra para que sean hermanos y vivan en paz en la «casa común», que es el planeta entero, preparándose así para el último día, cuando Jesús volverá como rey y nos hará vivir plenamente en su Reino de amor.

El papa Francisco quiso incluir al final del año litúrgico, el domingo XXXIII, la *Fiesta de los pobres*. Es el domingo anterior a la conclusión del año litúrgico con el domingo de Cristo rey del universo. El Papa quiere recordar a los fieles que seremos juzgados por el amor a los pobres, como escribe el Evangelio de Mateo. Es una fiesta que la Comunidad de Sant'Egidio vive de manera especialmente intensa porque toca un aspecto fundamental de su carisma que aquel día se pone claramente de manifiesto.

El corazón del año litúrgico es la Pascua. Inicialmente, era la única fiesta de los cristianos. En ella se celebraba la victoria definitiva de Jesús sobre el pecado y la muerte. Tanto la tradición de Oriente como la de Occidente cantan la belleza de la Pascua, de la que emana no solo el año litúrgico, sino toda la vida de la Iglesia. La Pascua es la razón de la vida de la Iglesia y de todo creyente. Durante el año litúrgico encontraremos días dedicados al recuerdo de María, los apóstoles y los santos. La Iglesia no solo nos presenta los milagros de cambio que se producen en quienes dejan que el Espíritu del Señor los transforme, sino que nos hace descubrir una familia grande que llena el cielo: son hermanas y hermanos que, tras haber acogido la Palabra de Dios y haberla puesto en práctica, han alcanzado la estatura de Cristo y ahora están con él en la gloria. Se sumarán, además de los mencionados,



otros motivos de recuerdo asociados a la vida de la Comunidad de Sant'Egidio y a otros acontecimientos de la vida del mundo cristiano, de otras religiones y de la historia universal. El tiempo litúrgico, de hecho, no está separado del tiempo de los hombres; al contrario, aquel es un fermento de amor de este. El tiempo litúrgico es para la historia lo que la Iglesia es para el mundo. Celebrando el misterio de Jesús a lo largo del año ayudamos, de forma misteriosa pero real, al mundo entero y a todos los pueblos a abrirse al amor de Dios y a santificar la historia.

#### EL RITMO SEMANAL DE LA ORACIÓN DE SANT'EGIDIO

La *semana*, que llega a su culmen en el *domingo* (Pascua de la semana), marca el paso de todo el año, desde el Adviento hasta la fiesta de Cristo Rey. Desde siempre, la Comunidad de Sant'Egidio ha vivido el Evangelio de manera íntimamente ligada a los ritmos de la vida de la ciudad. ¿Cómo podemos rezar en la ciudad, sin dejarnos arrastrar por su ajetreo? ¿Cómo podemos acompañar el tiempo de la oración? *La Palabra de Dios cada día* nace de esta inspiración y marca el tiempo de la oración durante la semana: los días feriales conmemoran recuerdos fijos que llevan hacia el día del Señor. El domingo se convierte así en el «culmen» de la semana pasada y en la «fuente» de la que está por empezar.

Retomando el camino de los días normales, el *lunes*, tras haber contemplado el domingo el rostro del resucitado, vemos al Señor en el rostro de los pobres, los débiles y los enfermos. La oración vespertina acoge ese día el recuerdo de los pobres, de aquellos a los que encontramos a lo largo del día y de los que están lejos, que a veces son países enteros que sufren. Todos son presentados al Señor para que los consuele y los libre del mal.

El *martes* la oración está acompañada por María, madre del Señor. Todos podemos aprender de ella, la primera de los creyentes, a «conservar en el corazón» (Lc 2, 51) lo que hemos escuchado y a dar gracias al Señor, que dirige su mirada a los humildes.

El *miércoles*, las Comunidades de Sant'Egidio esparcidas por el mundo rezan las unas por las otras y por toda la Iglesia. Todas se reúnen en la grandeza, en la profundidad y en la alegría de la comunión que el Señor da a sus hijos e hijas. La oración letánica

con los santos del cielo, a los que se invoca con su nombre, une a las comunidades en su andadura por los caminos del mundo.

El *jueves* se recuerdan todas las Iglesias cristianas, de Oriente y de Occidente, para que crezca la comunión entre los creyentes en Cristo, y la comunicación del Evangelio se extienda hasta los confines de la Tierra. El Señor, único pastor de su Iglesia, da a todos su amor apasionado.

El *viernes* recordamos la cruz del Señor. De ella brota la salvación. El cruce entre las bienaventuranzas evangélicas y la narración de la pasión impulsa a contemplar la riqueza de la cruz, que es al mismo tiempo anuncio de la muerte del egoísmo y de la victoria del amor por los demás.

El *sábado* es el día de la vigilia y de la espera de la resurrección del Señor. Cantamos delante de la tumba de Lázaro muerto para que sea liberado de las vendas. Él condensa el grito de ayuda que proviene de todas las partes del mundo. Pedimos a Dios que intervenga para que nos libre a todos de las vendas y ataduras del pecado y nos salve con su misericordia.

El *domingo* abraza los días pasados y los orienta hacia el domingo eterno, día sin ocaso. Junto a los ángeles, los discípulos reciben desde ahora la gracia de cantar el Trisagio, que cierra la *Oración de la luz*.

Cuando hay festividades o conmemoraciones que prevalecen sobre los tiempos ordinarios se modifica el orden de la semana. Cuando se conmemora a los apóstoles se sigue la *Oración de los apóstoles*; arraigados en el testimonio de los Doce, estamos llamados a comunicar el Evangelio hasta los confines de la tierra. La *Oración del Espíritu Santo* nos acompaña en el tiempo de Pentecostés. La *Oración con los mártires* nos recuerda el ejemplo de aquellos que en el pasado y aún hoy dan testimonio de su fe en el Señor hasta derramar su sangre. El tiempo de Navidad y el de la semana de la Pascua tienen esquemas de oración específicos.

Desde hace unos años en las Comunidades de Sant'Egidio de todo el mundo se da una especial importancia a la *Oración por los enfermos* y a la *Oración por la paz*, que se celebran una vez al mes. En la Basílica de Santa María de Trastévere de Roma, el primer lunes de mes se celebra la *Oración por los enfermos* y el tercer lunes la *Oración por la paz*. La decisión de vivir de ma-

nera especial estos dos momentos de oración nace de la fe en la misericordia de Dios, que se inclina para acoger y ayudar a quienes sufren la enfermedad o la guerra. La cercanía a los pobres, a los débiles, al enorme sufrimiento que se abate sobre muchos no puede dejarnos indiferentes. Escuchar la Palabra de Dios nos da una luz, como demuestran las numerosas páginas evangélicas. No es irrelevante que la mayoría de milagros que llevó a cabo Jesús estuvieran relacionados con la curación de enfermos. ¡Cuántos enfermos aún hoy esperan que alguien los lleve al Señor! Y también son enfermos los pueblos afectados por la guerra.

En estas dos oraciones mensuales se presentan al Señor, en la primera, los nombres de los enfermos (escritos en un papel), que se ponen ante el altar, mientras que en la oración por la paz se leen los nombres de los países en guerra, uno a uno, y se enciende por cada uno de ellos una vela ante el altar. Las dos oraciones, por los enfermos y por la paz, son el fruto de la caridad que no conoce fronteras y de la fe convencida de que «para Dios no hay nada imposible». Nos lo recuerda con gran sabiduría san Juan Crisóstomo: «La necesidad lleva a rezar por uno mismo; la caridad estimula a rezar por los demás. Pero a Dios le place más la oración hecha por caridad». Vivir estas dos oraciones cada mes —y procurar extenderla— significa obedecer el mandamiento de Jesús de rezar con un mismo espíritu y sin desfallecer.

Es hermoso pensar que la universalidad de la Comunidad y de todo aquel que se une a ella en estos dos días —y el resto del mes— hace realidad una oración continua que se eleva al cielo desde Oriente hasta Occidente sin cesar. La posibilidad de conectarse por radio o por vídeo es un don que refuerza y aumenta la intercesión por el mundo, para que llegue pronto el Reino de Dios.

Así pues, las páginas de este libro se proponen como una guía fiel para, a lo largo de los días de un año, aprender a dirigirse a la Palabra de Dios, que se convierte en brújula espiritual para navegar en el mar complejo y difícil de nuestro mundo, sobre todo en este tiempo de pandemia y de intercesión.

## TIEMPO DE ADVIENTO

### **Domingo 29 de noviembre: I de Adviento**

Is 63, 16b17.19b; 64, 2-7; Sal 79 (80); 1 Cor 1, 3-9; Mc 13, 33-37

En este domingo comienza el nuevo año litúrgico. La Liturgia nos sumerge en el misterio de Jesús, desde su nacimiento, pasando por la predicación del Reino en Galilea y Judea, hasta su pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo de Dios. El año litúrgico nos hace contemporáneos del Señor, para poder decir con el apóstol: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». El Adviento nos pide que levantemos nuestros ojos y abramos nuestro corazón al Señor que va a llegar. Y el Evangelio nos advierte que estemos vigilantes: «Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento» (13, 33). Jesús compara al discípulo de Adviento con un portero que vigila toda la noche para no perder el momento en que el dueño regresa y llama a la puerta. Aunque sea de noche, el portero debe velar junto a la entrada para abrir tan pronto como el maestro llame. Y puede ocurrir por la noche o a medianoche o al canto del gallo o por la mañana. Es una similitud singular, pero clara. La vigilancia para esperar al Señor nunca debe relajarse. Podríamos decir que este es el significado litúrgico de este tiempo, que destaca la escucha diaria de la Palabra de Dios.

La vigilancia significa no perderse detrás de uno mismo, siguiendo nuestras pequeñas tareas, y aún menos dormirse en el sueño del propio narcisismo. El portero permanece despierto junto a la entrada y, en cuanto oye al dueño acercarse, le abre la puerta, la puerta de su corazón, la puerta de la comunidad para acoger a todos los que llaman pidiendo ayuda, alivio, consuelo y apoyo. Quienes llaman, junto con Jesús, son nuestros «dueños». Este es también el significado de las palabras del Apocalipsis: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20).

El Adviento nos invita a permanecer despiertos, a no contagiarnos de la dulce tibieza de los satisfechos, del sueño triste del pesimismo, de esa pereza de pensar que no merece la pena hacer nada, del sueño agitado y siempre insatisfecho de las preocupaciones y la autoafirmación. La Palabra de Dios pide que nos despertemos del sueño distraído de los que ya no escuchan, del sueño impaciente de quien lo quiere todo ya, sin esperar. Vigilar significa escuchar la Palabra, estar dispuestos a acoger a los hermanos, a los pobres, y decir: «Ven, Señor Jesús, ven pronto, da consuelo y paz a este mundo nuestro. Abre los cielos y abre un futuro para quienes son aplastados por el mal. Líbranos del egoísmo que adormece el corazón y nos hace indiferentes. Enséñanos a escuchar tu voz y a reconocerte para abrirte la puerta del corazón, tú que eres un huésped dulce, amigo fiel, nuestra esperanza».

ORACIÓN EN EL DÍA DEL SEÑOR

### **Lunes 30 de noviembre**

Festividad del apóstol Andrés.

Mateo 4, 18-22. Llamada de los cuatro primeros discípulos

El apóstol Andrés fue el primero en ser llamado. Hijo de Jonás y hermano de Simón Pedro, era originario de Betsaida y trabajaba como pescador. Mientras los dos hermanos arreglaban las redes, Jesús, que pasaba por la orilla del mar de Galilea, les dijo: «Venid conmigo». El evangelista destaca que «dejaron las redes al instante y le siguieron». Aquel maestro explicó el futuro de Dios de la única manera que aquellos pescadores podían entender, quizás de la única manera que podía entusiasmarlos: «Seguiréis siendo pescadores, pero de hombres». Para este tipo de pesca, entonces y ahora, hay que dejar la barca de siempre y adentrarse no en un mar de agua, sino de hombres y mujeres, de multitudes que como un mar los absorberán y arrollarán. Andrés, junto a Simón, acepta la invitación de Jesús. No eres tú el que elige, es otro el que te mira, te ama y te llama. Jesús es el primer «pescador de hombres»: llama a aquellos pobres pescadores y ellos lo siguen. No somos nosotros los que tenemos que juzgar si somos dignos o no, o si los otros lo son; estos juicios siguen una lógica mundana. Desde la perspectiva del Evangelio nosotros solo tenemos que escuchar la invitación,

aceptarla y responder, como hicieron Andrés, Simón y los otros dos hermanos. Este es el secreto de la fe y de la Iglesia.

ORACIÓN DE LOS APÓSTOLES

### **Martes 1 de diciembre**

Recuerdo del santo Hermano Carlos de Jesús (Charles de Foucauld), «hermano universal», asesinado en 1916 en el desierto de Argelia, donde vivía en oración y fraternidad con el pueblo tuareg.

Lucas 10, 21-24. El regreso de los setenta y dos

Los setenta y dos discípulos enviados por Jesús habían experimentado la fuerza del Evangelio para cambiar sus vidas y la del mundo. A su regreso, refieren a Jesús su experiencia misionera, alegres por las maravillas que habían podido hacer. Jesús también se llena «de gozo en el Espíritu Santo». Es la alegría de ver que el Evangelio da los primeros frutos gracias a sus discípulos, a quienes llamó para hacerlos partícipes de su trabajo, de su sueño: liberar a los hombres y las mujeres del poder del mal. Poco antes les dice: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (v. 18). Jesús, conmovido por lo que ha sucedido, da gracias al Padre porque ha elegido confiar su diseño de amor a aquellos discípulos que se han confiado a él. La fe es vivir con Jesús su sueño y poder hacerlo realidad. Es el mismo sueño del Padre. De hecho, Jesús explica a esos discípulos, «nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». En la familiaridad con Jesús y con el Padre está toda la alegría de los discípulos. Y Jesús les llama «bienaventurados» porque pueden participar en su misión, porque entran en el corazón de la nueva historia que Dios está comenzando entre los hombres.

ORACIÓN CON MARÍA, MADRE DEL SEÑOR

### **Miércoles 2 de diciembre**

Mateo 15, 29-37. Curaciones y multiplicación de los panes

Jesús, de vuelta en Galilea, sube a la montaña de nuevo. Ese lugar elevado, donde el Hijo y el Padre se encuentran en la oración, se transforma en un santuario donde traen a los enfermos, los pobres, los lisiados para que sean bendecidos por Jesús y sanados. De he-